

1

LUCY

Mi hermana, Katherine, tiene justo el aspecto que debe tener una prometida. Locamente feliz, perdidamente enamorada y perfecta en todos los demás aspectos. La perfección no es nada nuevo para Katherine, pero ahora además está comprometida. Con el hombre perfecto, por supuesto.

—No me puedo creer que aún no hayas conocido al padrino de Ed —dice Katherine, guardando el aplicador de rímel en el tubo—. Hunter te va a encantar.

Sin duda, Hunter será perfecto. Igual que Ed, mi futuro cuñado. Ed procede de una buena familia de Boston cuyos orígenes se remontan al menos a quince generaciones. Se dedica a «las finanzas» —sea eso lo que sea—, igual que su padre. A él y a Katherine les encanta vestirse a juego con ropa de Ralph Lauren y, por supuesto, nunca discuten. Su futuro estará lleno de hijos perfectos que sacarán notas perfectas, y todos vivirán las vidas perfectas que mi madre previó cuando nació Katherine. Según ella, las primeras palabras de Katherine fueron «Por favor». Nunca se queja ni se enfada ni se irrita. Cuenta la leyenda que Katherine salió del útero serena y tranquila, como si ya tuviera la sabiduría suficiente como para saber que llorar no iba a servirle de nada con nuestra madre.

Por el contrario, a mi madre le gusta contar que a mí ya se me oía llorar en su vientre antes de que me sacaran por cesárea, lo que, indudablemente, estuvo muy lejos de ser un comienzo perfecto. Siempre he sido Cochino y Katherine, Snoopy; la Bestia y Katherine, la Bella. Elizabeth Bennet y Katherine, Jane Bennet.

—Lucy —me llama mi madre desde el pie de la escalera—. Ya es hora de que bajéis las dos. No quiero que hagas que tu hermana llegue tarde.

—¡Señora Jones! —exclama mi padre—. ¿Dónde está mi corbata?

Mi madre insiste en que cualquiera que no la conozca desde hace un par de décadas la llame «señora Jones» y a mi padre le gusta tomarle el pelo con eso. Al menos, eso creo. Mi madre está obsesionada con Jane Austen y convencida de que vive en una novela de la época de la Regencia. No me sorprendería que mi padre y ella tuvieran unos trajes de época escondidos en el fondo del armario que se ponen en privado cuando Katherine y yo no estamos por allí —y al pensar eso quiero lavarme el cerebro con jabón—. Nuestra madre veía la adaptación de *Orgullo y prejuicio* —la protagonizada por Colin Firth— una y otra vez mientras estaba embarazada de Katherine. Según mi padre, fue entonces cuando se afianzó su obsesión por Jane Austen en general y por *Orgullo y prejuicio* en particular. Al menos no nos llamaron Lizzy y Jane. Katherine es demasiado guapa para llamarse Jane.

La cojo la mano mientras ella se afana en arreglarse el lazo perfecto del pelo, y bajamos las escaleras.

—Estás preciosa. —Lleva un vestido de tafetán rosa pastel con unos zapatos de tacón de Ferragamo a juego. Parece una muñeca.

—Tú también. —Katherine sonríe y me estrecha la mano—. No sé si ya habrá llegado, pero le he dicho a Ed que se asegure de presentarte a Hunter enseguida. Al fin y al cabo, tenéis que conoceros para organizar la despedida conjunta de soltero y soltera.

Oculto mi creciente temor tras una sonrisa cortés. Como dama de honor, me encargo de todos los preparativos. El problema es que quiero que la fiesta —o, para ser más exactos, el

evento previo a la boda que durará todo el fin de semana— sea tan perfecta como la propia Katherine, y no estoy muy convencida de que eso pueda suceder conmigo al mando. Me preocupa olvidarme de algo fundamental, como las reservas en los restaurantes o la banda con la leyenda «FUTURA NOVIA», o provocar algún tipo de caos. Eso es lo que todo el mundo esperará de mí. Tengo que recordarme a mí misma que ya no soy esa niña desaliñada que tropezaba tras mi esbelta y elegante hermana por los pasillos del colegio. He crecido. Me he mudado a Nueva York, he renovado mi armario y he mejorado mis habilidades organizativas. Pero cada vez que regreso a Massachusetts para visitar a mi familia, parece que retrocedo en el tiempo. Me convierto en la chica que solía ser en lugar de en la mujer que soy ahora.

Al llegar al final de las escaleras, aparece Ed con un chico al que no reconozco. A Ed se le iluminan los ojos al clavar la vista en mi preciosa hermana.

—Katherine, estás guapísima —dice.

—Absolutamente impresionante —aprueba el desconocido.

—Tú también, Lucy —añade Ed, y yo sonrío ante su cumplido forzado.

Echo un vistazo al desconocido, esperando recibir el cumplido de rigor, pero él está mirando por encima del hombro hacia lo que ocurre en el jardín, en lugar de volver la vista hacia mí. Bueno, al menos no está fingiendo.

—Este es Hunter —presenta Katherine.

Es un poco más alto que Ed y tiene el pelo negro azabache, que lleva peinado hacia atrás como si acabara de pasarse los dedos por él. A pesar de sus hombros muy anchos, el traje azul le queda como un guante y la camisa blanca hace que su rostro parezca el de alguien que acaba de llegar de unas vacaciones de dos semanas en Aruba. Es guapo —de eso no cabe duda—, pero estoy decidida a dejar su aspecto en lo más recóndito de

mi mente. Solo necesito su ayuda y su colaboración para la fiesta. Mientras consiga eso, no me importa qué aspecto tenga.

—Justo estábamos hablando de cómo vais a organizar Lucy y tú nuestra despedida. —Katherine saluda a Ed con un beso en la mejilla al llegar al pie de las escaleras, y Hunter le da a Katherine un abrazo discreto—. Quizá podáis quedar los dos después de la fiesta o, incluso, cuando regreséis a la ciudad. Hunter vive en Nueva York, igual que tú, Lucy.

Entrecierro los ojos, sintiendo de repente cierta desconfianza. ¿Por qué le importa tanto a Katherine que nos veamos? ¿Acaso no confía en mí para organizar una despedida estupenda? Katherine siempre ha estado de mi lado, defendiéndome, diciéndole a mi madre que no sea tan dura conmigo, diciéndome a mí que soy tan guapa como ella. Pero quizá no lo cree de verdad. Quizá piense que soy incapaz de organizar un evento para ella.

Bueno, pronto se dará cuenta de que está equivocada. Igual que todos los que me conocieron de pequeña y siguen dudando de mí hasta hoy en día. Voy a demostrarles a todos que se equivocan.

Katherine y Ed se dirigen al jardín y nos dejan solos a Hunter y a mí. Le tiendo la mano para estrechársela.

—Soy la hermana de Katherine, Lucy. —Le dedico mi mejor sonrisa de Massachusetts. Esa que habla de casas de madera, brisa marina y una pizca de la seguridad de los Kennedy.

Pero no corresponde al gesto. Está claro que la madre de Hunter no era una fanática de Austen cuando estaba embarazada. Probablemente vio el brillo en los ojos de su hijo cuando nació y decidió su nombre. Hunter significa cazador, y él me está mirando como si quisiera dispararme.

—Lucy —dice, estrechándome la mano con el ceño fruncido.

—¿Tienes alguna idea para la fiesta? —le pregunto cuando seguimos a Katherine y a Ed al jardín. El día es deslumbrante y

yo saco las gafas de sol del bolsillo—. Tenemos que hacer que sea absolutamente increíble. Son una pareja estupenda, ¿verdad?

—¿Qué? —espeta Hunter. Su tono me provoca una punzada de vergüenza. ¿Qué he dicho?

—La fiesta —digo, con un poco más de vacilación—. Me preguntaba si tenías alguna idea. Creo que Katherine y Ed quieren que sea en Massachusetts, en la playa, pero, aparte de eso, tenemos libertad absoluta.

Él responde con un gruñido y no dice nada más.

Me vuelvo para ver si me ha oído, pero es como si ni siquiera estuviera allí. Como si fuera invisible.

Está claro que no tiene ningún interés en escucharme ni en organizar la fiesta. Capullo.

Bueno, él no va a echar a perder mi oportunidad de reinventarme públicamente. Todo el mundo va a ver que soy la hermana perfecta de Katherine Jones, y Hunter no va a estropear mi nueva reputación.

—¡Lucy! —me llama mi madre desde el otro lado del jardín. Dejo plantado a Hunter y me dirijo hacia donde está esperándome con cara de preocupación—. ¡Lucy! ¿Dónde está esa chica?

—Aquí mismo, mamá. Estás preciosa. —Lleva un traje pantalón azul claro. Se vuelve y examina mi atuendo—. Oh, al final te has decantado por el amarillo limón.

Extiendo la falda a los lados, pellizcándola con la punta de los dedos, y espero un cumplido que nunca llega.

—Es bonito, ¿verdad?

Suspira.

—No pasa nada. Quiero que lleves estas bandejas a la mesa donde está el champán.

Bajo la vista

—Pero se me podría manchar el vestido. —Mis padres estaban deseando celebrar la fiesta de compromiso en su precioso

jardín. Por culpa del mal tiempo Ed y Katherine han tenido que esperar cinco meses desde que se comprometieron para la celebración oficial, pero al menos mi madre está contenta. Además, eso significa que solo quedan dos meses para la boda. Massachusetts y yo vamos a volver a vernos. A pesar de estar relativamente cerca, no vengo mucho. Katherine suele ir a Nueva York con Ed cuando él tiene asuntos que atender en la ciudad, así que puedo verla sin tener que ir a casa. Mis amigos del colegio y yo no nos mantuvimos en contacto, así que no tengo muchos motivos para regresar.

—Ponte un delantal. Venga. Los invitados van a llegar en cualquier momento.

Quizá debería ir a cambiarme rápido y ponerme algo más adecuado para cargar con el equipo de catering. Todos los amigos del colegio de Katherine estarán aquí pronto, junto con los amigos de mis padres, que me conocen desde que nací, y no quiero recibirlos con este aspecto desaliñado. Es justo la impresión contraria a la que intento dar. Ya no soy la hermana pequeña que solía ir a todas partes en monopatín, con unas zapatillas ajadas y una camiseta de Nirvana que me quedaba enorme. Soy una neoyorquina seria y sofisticada. Vale, no soy banquera. Pero soy asistente jurídica. Y eso es un trabajo serio.

—¡Lucy! —me regaña mi madre—. Venga, ve a llevar esas bandejas. Dejo caer los hombros al darme cuenta de que no tengo tiempo para cambiarme.

Justo cuando estoy a punto de coger la enorme pila de bandejas de plata, Ed me frena.

—Ya lo hacemos nosotros —dice.

Me vuelvo y me encuentro cara a cara con Hunter. Sigue con expresión asesina y no dice nada, pero al menos coge las bandejas y las lleva al otro lado del jardín.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—Te he dicho que te dieras prisa —se queja—. Ahora el pobre Ed tiene que hacer de mula de carga.

—En lugar de que lo haga yo, que soy la auténtica mula, ¿no?
—No espero la respuesta de mi madre porque, de todos modos, seguro que será poner los ojos en blanco de nuevo. Ya he tenido suficiente. Necesito un par de minutos para recomponerme antes de que lleguen los invitados. Me dirijo al baño e intento recuperar mi sonrisa de Massachusetts.

2

HUNTER

Tampoco es que no me alegre por mi mejor amigo. Me he desplazado desde Nueva York hasta aquí para asistir a su fiesta de compromiso, ¿no?

—¿Me pones otro chupito? —le pido al camarero. Estoy evitando a todo el mundo. No conozco a los amigos de Ed de su ciudad natal, y el único que tenemos en común está trabajando en Hong Kong. Entablar una charla trivial con un montón de gente que no conozco es mi idea del infierno. Y todo el mundo está tan alegre de cojones. No puedo soportar más comentarios del tipo «*Qué pareja tan adorable*» y «*Sus hijos van a ser guapísimos*». Todo eso no hace más que recordarme de forma desoladora que mi futuro está en juego mientras esta fiesta sigue su curso.

El camarero me pasa la botella de tequila. Desenrosco el tapón y me sirvo una generosa cantidad en el vaso bajo en el que me dieron uno de los cócteles temáticos. Quizá fuera el Algo prestado... No, ese era el de fresa. Estaba buenísimo. A lo mejor fue el Lanza el ramo. No, ese era de limón. Ah, no, ya sé, sin duda fue el En lo bueno y en lo malo. Ese tenía un toque picante.

Probablemente debería haber pedido una copa limpia, pero la verdad es que ni siquiera noto el sabor del alcohol al tragarlo. Solo quiero desconectar de la realidad durante una hora más o menos, hasta que pueda irme al hotel a dormir, para luego regresar a la ciudad y hacer mi trabajo. Y el de Ed. Ya se nota que no está tan concentrado como suele estarlo. Juraría que se ha pasado toda la semana organizando la luna de miel.

—Hola —dice Katherine al acercarse a la barra, del brazo de Ed.

—Al parecer has encontrado el bar, tío —comenta Ed.

—¿Qué puedo decir? No hay nada como el aire del mar y un trago de tequila.

—¿Y qué te ha parecido Lucy? —pregunta él.

Katherine le da un golpecito juguetón en el brazo.

—¡Tienes que ser más sutil!

Tengo la sensación de que se me escapa algo.

—¿Ha habido química entre vosotros dos?

Katherine pone los ojos en blanco y me quita una pelusa invisible de la chaqueta, como siempre hace. Es raro... Yo nunca veo nada en mi ropa, pero Katherine siempre encuentra algo.

—Solo queremos que la organización de la fiesta vaya sobre ruedas —dice Katherine con una sonrisa.

—Así será —respondo.

—No queremos acabar en un club de *striptease* en Las Vegas —dice Ed.

Katherine suelta una risa un poco histérica.

—No, ni hablar de clubes de *striptease*. Sabes que queremos quedarnos en Massachusetts, ¿verdad?

—Claro —digo, intentando recordar si tomé alguna nota cuando Katherine me llamó poco después de que Ed le pidiera matrimonio.

—Y va a ser algo conjunto. Así que tú y Lucy trabajaréis juntos y os encargaréis de la planificación y los preparativos. Va a ser superdivertido, ¿verdad?

Asiento le doy otro trago al tequila.

—Lucy —repito—. Divertidísimo.

Al otro lado del jardín, la madre de Katherine parece estar echándoles un sermón a un pequeño grupo de invitados. ¿Están embelesados? ¿Son rehenes? Es difícil saberlo desde esta distancia. Curiosamente, creo oírla decir algo sobre alguien que es

rico y busca esposa. Sacude las manos en el aire para subrayar sus palabras y luego se ríe. De lo que sea que esté diciendo.

Vuelvo la vista hacia una mujer que se abalanza hacia nosotros con los puños apretados y el ceño fruncido.

—Mamá ha empezado a leer *Orgullo y prejuicio*, Katherine —dice con la mandíbula tensa.

Sin duda me han presentado a esta mujer. Creo que es la hermana, con la que tengo que organizar la despedida, pero estoy un poco aturdido por el tequila y tengo el cerebro atascado en melaza. No recuerdo haber pensado que la hermana de Katherine estuviera buena hace una hora más o menos, cuando nos han presentado, pero esta mujer es preciosa. Tiene unos enormes ojos verdes y brillantes, y un pelo tan lustroso que me pregunto si se habrá puesto mantequilla, aceite o algo así. ¿Se hace eso? Y sus pechos son hipnóticos. Estoy convencido de que no lleva sujetador y, sin embargo, son turgentes, redondos y... Joder. Puede que esté un poco borracho, pero no he bebido tanto tequila como para no darme cuenta de que estoy mirando fijamente el pecho de la cuñada de mi mejor amigo. Al menos llevo gafas de sol, así que espero que nadie se haya dado cuenta.

—No podemos hacer nada —responde Katherine—. Ya sabes cómo se pone después de tomarse un combinado de vino blanco.

—No puedes echarle la culpa al vino. Solo necesita un público para ponerse a dar la tabarra con Austen. —La guapa suspira—. Esa copa de vino solo significa que papá va a tener suerte esta noche.

—¡Qué asco! —dicen Katherine y Ed al unísono.

Estudio a la feliz pareja. Son básicamente la misma persona, pero de sexos opuestos. Los van siempre bien peinados y tienen una sonrisa perpetua en los labios. A los dos les gusta el yoga y el puñetero kimchi. Apuesto a que ninguno de los dos ha ido

nunca al trabajo con resaca al día siguiente de una gran noche de fiesta. Son unos santurrones. Así son Katherine y Ed.

Siempre he sabido que Ed es así. Fue una de las razones por las que acepté asociarme con él. Sabía que podía confiar en que siempre iba a ser sincero: el tío es incapaz de mentir. Pero desde que se comprometió con Katherine las cosas han cambiado; sus prioridades han cambiado. No para de hablar de la boda y de lo que él y Katherine tienen planeado para esto y lo otro. Y me alegro por él, pero me gustaba saber que estaba al cien por cien comprometido con el negocio. Yo lo estoy. Tengo que estarlo. No puedo permitirme otro fracaso empresarial en mi balance. No voy a permitir que eso ocurra.

—Espero que no se ponga a hablarles a tus padres de todo lo relacionado con Austen —le dice Katherine a Ed, estirándole la solapa con la palma de la mano—. No se da cuenta de que imitar a la señora Bennet no queda nada bien.

—¿Qué va a decir? —pregunta Ed—. ¡*Orgullo y prejuicio* es la mejor obra de Jane Austen!

Quizá esté más borracho de lo que pensaba, pero no tengo ni idea de qué está pasando. ¿Por qué estamos hablando de Jane Austen?

La mujer de los pechos generosos, que sin duda debe de ser la hermana de Katherine, le hace un gesto con la mano a Ed para que se calle.

—No pienso permitirte eso. Todos los que no han leído los libros piensan que *Orgullo y prejuicio* es la mejor obra de Austen, cuando no lo es en absoluto —Ed intenta intervenir, pero Lucy no está dispuesta a escucharlo—. Y no, ni siquiera la miniserie protagonizada por Colin Firth justifica no haber leído los libros.

Katherine resopla al oír hablar de la miniserie.

—Trescientos veintisiete minutos...

—Que nos obligara a ver esa adaptación tantas veces fue casi

traumático —dice Lucy—. La odio. La única razón por la que se me dan tan bien las matemáticas es porque hacía cálculos mentales mientras me obligaban a verla. Lizzy Bennet es una cazafortunas y Darcy es un idiota pomposo. No, el mejor libro de Austen es, obviamente, *Persuasión*. El capitán Wentworth es un guaperas devoto.

—¿Capitán? ¿Escribió sobre navegación? —pregunto.

Lucy pone los ojos en blanco, pero no responde. Solo intentaba participar en la conversación.

Seguramente se pasa el día en las bibliotecas y tiene diecinueve gatos en casa. Le doy un sorbo a mi copa. De todos modos, no hace falta que participe en este debate.

—*Persuasión* no pasa de moda, y Wentworth es un auténtico macho alfa. No es un chico malcriado con un palo metido en el culo —explica Lucy—. Está claro que Wentworth sabe qué hacer con Anne cuando por fin consigue desnudarla.

Casi me atraganto con mi bebida cuando Lucy dice «desnudarla» y el calor me invade las mejillas, como a un adolescente al que pillan hojeando un catálogo de ropa interior.

—«Nunca he amado a nadie más que a ti» —dicen Katherine y Lucy al unísono.

Estoy totalmente perdido. Le echo un vistazo a Ed, pero él les está sonriendo a las dos mujeres como si estuviera viendo una película de esas que se ruedan solo para televisión. Dejo la copa sobre la mesa alta. Quizá haya bebido de más.

—Va a citar a Austen durante de toda la fiesta —dice Katherine—. Y Ed no es el señor Bingley. —Se vuelve hacia Ed—. Si solo ganas cuatro mil al año, no me casaré contigo. —Ed y ella se echan a reír, pero yo estoy totalmente confundido.

Me subo las gafas de sol a la coronilla y miro de reojo a Lucy.

—¿Quién demonios es el señor Bingley? —susurro.

Ella suspira.

—El mejor amigo del protagonista de *Orgullo y prejuicio*, que

se enamora de la hermana de la protagonista. Mi madre estaba decidida a que Katherine encontrara a su Bingley.

—Parecen personajes secundarios. ¿No deberían ser el héroe y la heroína si todo el mundo está tan obsesionado con ellos?

—¡Imposible! —exclama Lucy, como si acabara de sugerir que lanzáramos hormigas rojas en lugar de confeti en la boda—. Jane y Bingley son perfectos. Impecables. Igual que Katherine y Ed. Los personajes principales deben tener defectos; si no, no son lo bastante interesantes como para mantener la atención del lector. —Me mira fijamente, como si de verdad quisiera asegurarse de que la entiendo—. En fin, nuestra madre cree que Katherine es la Jane perfecta de *Orgullo y prejuicio* y que Ed, aquí presente, es el mejor amigo rico que le va a permitir mantener el nivel de vida al que le gustaría acostumbrarse.

—¿Quiere que Katherine se case por dinero? —pregunto—. ¿Es decir, la anima a ser una cazafortunas?

Lucy se queda paralizada un momento.

—Jane y Lizzy se casaron por amor. —Su tono es firme—. Pero casualmente sus maridos eran la hostia de ricos.

—Quizá tú seas el señor Darcy —dice Katherine, sonriéndome.

Sé que se me escapa algo, porque Lucy le da a Katherine un fuerte codazo en las costillas.

—No seas gilipollas.

—Y tú que decías que yo no era sutil —murmura Ed.

Nos interrumpe alguien a quien no me han presentado. Katherine y Ed se van con la mujer y me dejan solo con Lucy.

—Estás borracho —dice ella.

Me encojo de hombros.

—Y tú eres preciosa.

Ella no responde y se queda mirando cómo Ed y Katherine atraviesan el césped.

Normalmente, decirle a una mujer que es guapa cambia las

reglas del juego. No digo que todas las mujeres se derritan al oír algo así, pero sueles ganártelas un poco. Y no es mentira: Lucy es, sin duda alguna, guapa. Tiene unas cuantas pecas en la nariz y ojos verdes con reflejos ámbar. Lleva el pelo sobre los hombros y se le ha enganchado a los botones de su vestido, como un hilo de agua entre sus pechos. Joder. Mi erección despierta en mis pantalones. Me incorporo de la mesa donde estaba apoyado y trastabillo. Lucy vuelve la cabeza de golpe.

—Estás muy borracho. ¿No crees que deberías irte al hotel?

—Sus ojos reflejan pánico.

—Estoy bien —le digo—. Quizá debería tomarme un vaso de agua.

—Quizá debería llamarte a un taxi.

—No pienso marcharme —le espeto—. Ed es mi mejor amigo. No me voy a ninguna parte.

—Sí, mucho mejor quédate aquí y cáete de bruces. Quizá puedas meterle mano a su tía abuela Mildred. Eso sería perfecto.

—Eres una estirada —rezongo.

—Qué gracioso. Y yo que pensaba que era guapa.

Siento una oleada de náuseas y me agarro a la mesa.

—Creo que quizá... —Me quedo quieto, preguntándome si voy a tener que sentarme en el césped para no caerme.

Lucy coge el móvil.

—¿Dónde te alojas? ¿En el Harbor Inn? —Asiento, incapaz de llevarle la contraria. Tengo el estómago revuelto y la gente de la fiesta ha empezado a pasear frente a mí. Esa última copa de tequila me ha sentado fatal—. Venga. Me encargaré de que cojas el Uber.

Me agarra del brazo y yo no me opongo. No puedo. Está claro que estoy demasiado borracho para una fiesta diurna como esta. Debería haberme puesto un límite de dos copas. Lucy huele a pétalos de rosa y a algo que no acabo de identificar. De alguna manera, eso me calma un poco el estómago,

y conseguimos llegar hasta la entrada de la casa sin que me caiga de culo.

—Tengo que avisar a Ed —digo.

—Le diré que has tenido que irte.

—Es mi mejor amigo. —Es más que eso. Es el tipo que me salvó de una carrera sin futuro detrás de un escritorio, trabajando para otra persona. Es mi socio.

—Vale —replica Lucy—. Me aseguraré de decirle que es tu mejor amigo. —Lucy habla con el conductor del Uber, que acaba de llegar, y ayuda a entrar. La oigo gritar—: ¿Doscientos dólares? No se va a poner a vomitar. —De repente, se deja caer en el asiento de al lado—. Me debes una por esto, Hunter. Vas a dejarme hacer lo que quiera en la despedida, ¿me oyes? —No sé qué está pasando, pero me limito a asentir. El Uber se pone en marcha para recorrer el circuito de obstáculos desde la casa de los padres de Katherine hasta la posada. Juro por Dios que de camino hasta aquí no había baches del tamaño del Vesubio ni curvas como si estuviéramos compitiendo en el Gran Premio de Mónaco. Lucy se echa sobre mí y baja la ventanilla. Le acaricio el pelo mientras se estira sobre mi regazo. Es tan suave y sedoso como parece—. Hunter —espeta Lucy—. No me toques. —Levanto las manos al darme cuenta de que no debe de apetecerle que la acaricie como a un perro. Ha sido una buena idea marcharme de la fiesta. Lo que no sé es por qué Lucy ha venido conmigo—. Si vas a vomitar, por favor, hazlo por la ventanilla. Ni de coña voy a pagar los doscientos dólares de la limpieza.

Abro la boca para responder, pero Lucy me coge de la mejilla y me lleva la cabeza hacia la ventanilla.

—¡No voy a vomitar! —exclamo—. Solo quería decir eso.

Lucy niega con la cabeza, pero retira la mano de mi cara.

—Los hombres sois unos críos.

—No necesito que me mimen —digo—. No tenías por qué venir conmigo en el coche.

—Eh, perdóname si me preocupa mi valoración en Uber. He tardado meses en recuperarla después de... Da igual. No voy a dejar que me la estropees.

Justo cuando estoy a punto de preguntarle qué ha pasado con su valoración en Uber, llegamos al hotel.

—Siento que hayas tenido que irte de la fiesta.

—Al menos ya sabemos que definitivamente no eres el señor Darcy —dice mientras salgo a trompicones del Uber. Literalmente, me empuja fuera del coche con los pies y da un portazo detrás de mí.

Observo cómo el coche da la vuelta en el camino de entrada y regresa en dirección a la fiesta. Cuando se incorpora a la carretera principal, Lucy se gira y nuestras miradas se cruzan. Algo me golpea en el pecho, como una bola rápida directa al corazón.

3

LUCY

Nunca se lo perdonaré a Hunter. Me he perdido el discurso de Ed sobre lo mucho que quería a mi hermana, y regresé a la fiesta justo cuando mi madre estaba llorando porque decía que la Academia debería haber cambiado las normas para que Colin Firth ganara un Óscar por su interpretación de Darcy. Si hubiera estado allí, la situación nunca habría llegado al punto de las lágrimas. Y por si fuera poco, aunque no he debido de estar fuera más de veinte minutos, mi madre se las ha arreglado, no sé cómo, para salir de la aflicción provocada por Colin y: a) se ha dado cuenta de que me he ido de la fiesta, y b) me ha reprendido por no preocuparme por la felicidad de mi hermana ni por la de nadie más que por la mía propia. Lo único que he hecho ha sido intentar evitar que la fiesta se echara a perder y, sin embargo, de alguna manera, el problema soy yo. Espero que Hunter no tenga el descaro de aparecer en el *brunch*.

Estaba llevando una bandeja de fruta a la mesa cuando un taxi se ha detenido delante de la casa de mis padres. Seguro que Hunter se pasará todo el día durmiendo y que en el Harbor Inn tendrán que derribar la puerta para sacarlo cuando se le pase de la hora de salida.

Pero ¡oh, sorpresa!, es Hunter quien sale del taxi, con gafas de sol y un conjunto pijo de pantalones cortos y polo que deja al descubierto sus piernas bronceadas y un poco de vello en el pecho. Es como el hermano más guapo y menos de fiar de Ed.

Pero no puedo odiar a Ed como odio a Hunter.

—Ahí está —dice Katherine, emocionada, cuando ve a Hunter subir por el sendero—. Me alegro mucho de que os llevéis bien.

Esbozo una amplia sonrisa. De ninguna manera voy a dejar que Katherine se entere de que creo que Hunter es un capullo. Estaba en la fiesta de compromiso de su mejor amigo. Si no podía controlar el alcohol, no debería haber bebido. Pero quiero que Katherine piense que Hunter y yo nos llevamos de maravilla. Así se convencerá de que la fiesta va a salir a la perfección... A menos que consiga convencerla de que celebremos la despedida de soltero y la despedida de soltera por separado. A ver, ¿a quién se le ocurre celebrar una fiesta conjunta?

—Estaba pensando en la despedida de soltera —le digo a Katherine—. Ya sabes que los mejores *spas* están en Nueva York. Puedo preguntarle a Amanda, porque seguro que nos consigue una oferta estupenda en algún sitio increíble. Y entonces podríamos ir a...

Katherine niega con la cabeza antes incluso de que pueda terminar la frase.

—Ed quiere ir a pescar. Ni de coña va a aceptar lo de Nueva York.

Veo mi oportunidad y me lanzo de cabeza.

—Bueno, él podría celebrar su despedida de soltero aquí, en Massachusetts, y nosotras podríamos ir a Nueva York. Así las celebraríamos el mismo fin de semana y todo eso, para que no paséis demasiado tiempo separados. De esa forma, tú tendrías tu fiesta perfecta y Ed tendría la suya.

—Mi despedida de soltera ideal es una fiesta conjunta con Ed en una casa grande a orillas del mar. Ya nos imagino a todos envueltos en mantas, asando malvaviscos en la playa antes de acostarnos... —Esboza una discreta sonrisa—. Me parece tan romántico estar allí con todos nuestros amigos... Y muchos de ellos son parejas. Tiene sentido hacerlo juntos.

—Pero vais a pasar toda vuestra vida juntos.

Katherine se encoge de hombros.

—Claro. Porque nos gusta pasar el rato juntos. Casarme con Ed no es una elección entre la libertad y la monotonía. Me voy a casar con él porque la vida es mejor a su lado. Y eso incluye las fiestas.

Suspiro. Tengo muchísimas ganas de organizarle a Katherine una despedida de soltera perfecta, y si eso significa una fiesta conjunta, eso es lo que voy a tener que ofrecerle; y voy a tener que meterme de lleno en los preparativos con ese capullo de Hunter. Bueno, me debe una por lo de anoche. Va a tener que aceptar lo que yo quiero para que sea todo perfecto. A mi lista mental le añado una hoguera en la playa, mantas y malvaviscos. Y eso es solo el principio.

—Pues eso es lo que tendrás —afirmo.

—Sé que conseguir una casa tan grande para todos nosotros será todo un reto, sobre todo teniendo en cuenta lo avanzada que está la temporada —comenta Katherine—. La gente reserva las casas del Cabo con un año de antelación.

Se me revuelve el estómago. Ya he preguntado por ahí. La combinación del número de personas que somos, la necesidad de estar en la playa y el hecho de que sea una despedida de soltera hace que nadie quiera alquilarnos nada.

—Ya se me ocurrirá algo. —Tiene que ocurrírseme.

Katherine me mira y sus grandes ojos de cervatilla me hacen sentir como si tuviera su corazón en mis manos.

—Gracias, Lucy. Confío en ti. —Mi madre la llama y ella desaparece en la cocina.

No sé si la creo. La gente le dice a Katherine cosas como «Tengo fe en ti» todo el tiempo. Ella es la de confianza. La guapa. La que se las arregla para que todo salga bien. Yo no soy esa hermana. Y aunque Katherine siempre me defiende cuando mis padres hacen comentarios sobre que ella es ... más capaz,

a veces me pregunto si de verdad lo piensa. Tengo que corresponder a la confianza que ha depositado en mí y conseguirle la casa perfecta en la playa. Quizá tenga que ir al Cabo a buscar un alquiler en persona, algo que no aparezca en ninguna de las páginas web.

Solo tengo que encontrar un sitio.

Le echo un vistazo a Hunter. Es el primero en sentarse a la mesa del *brunch* y mi padre no tarda en acomodarse junto a él. Hunter lleva las gafas de sol puestas, a pesar de que hoy no hace mucho sol y de que estamos bajo un toldo. Está siendo grosero. O quizá esté ocultando sus ojos enrojecidos e hinchados después de todo el alcohol que se tomó ayer. Quizá debería hacer que buscar casa fuera su problema. Solo quedan unas semanas. Tenemos que cerrar algo. Pero ya he buscado y no he encontrado nada.

Llaman a mi padre para que entre y deja a Hunter solo.

—Hunter —le digo—. ¿Podemos hablar un momento? —Mi voz suena muy cantarina, como si no pensara que es un capullo. Es tan típico que me emparejen con un tipo como Hunter para organizar la fiesta conjunta... ¿Por qué no me ha tocado tener un poco de suerte por una vez? ¿Por qué Hunter no podía ser un macho alfa dispuesto a todo para que la despedida de soltero de su mejor amigo fuera todo un éxito? Se levanta, se mete las manos en los bolsillos y da la vuelta a la mesa. Lo llevo hasta el borde del césped, bien lejos de las puertas del porche y de cualquiera que pudiera escucharnos. Cuando nos detenemos, me quedo un segundo en silencio, esperando a que Hunter diga algo. Lo miro, dándole la oportunidad de disculparse por haberse emborrachado y haberse descuidado ayer, de darme las gracias por haberlo llevado a su hotel. En cambio, se queda ahí plantado, en silencio, con los ojos ocultos tras sus malditas gafas de sol—. ¿En serio?

—¿En serio qué?

—No sé, ¿tanto te cuesta tanto darme las gracias por asegurarme de que llegaras sano y salvo al hotel? ¿O por llamarte un Uber?

Él gruñe.

—Dios mío. Muchísimas gracias por pulsar tres botones en tu *app*. Si me das tu teléfono, te hago un Bizum. —El sarcasmo rezuma de cada sílaba que pronuncia.

—Me perdí el discurso de Ed, capullo.

—De nada —responde él.

—No quería perdérmelo. Quería oírle decir lo mucho que quiere a mi hermana y...

—Por Dios, si hablas con Ed cualquier día, te dirá lo mucho que quiere a Katherine. Y, de todos modos, seguro que puedes entrar en el Instagram de cualquiera de las amigas de Katherine y verlo repetido desde todos los ángulos.

Lo miro con los ojos entrecerrados. No le falta razón. Esta mañana he echado un vistazo al Instagram de Suzy Wong y pude oír perfectamente el discurso de Ed entre sus sollozos ahogados.

—Me habría gustado estar ahí, disfrutar del momento. Quizá a ti te guste estar completamente borracho en todos los momentos importantes de la vida, pero yo prefiero estar presente. —No hace falta que sepa que mi madre me regañó por ser una egoísta.

—¿Así que me has hecho venir hasta aquí para regañarme? —pregunta—. Pues, genial, me considero regañado. ¿Puedo volver ya junto a mi taza de café? —Da un paso atrás, hacia la mesa y yo le agarro de la camisa.

—Aún no he terminado.

Baja la vista hacia donde le estoy tirando de la camiseta.

—¿Ahora vamos a tener una pelea de verdad? O sea, ¿hay un ring? ¿Hay gente haciendo apuestas?

—Lo siento —murmuro, dejando caer el trozo de tela arrugado. ¿Por qué me estoy disculpando?—. Mira, tú no me caes

bien, yo no te caigo bien, y me parece estupendo, pero tenemos que organizar la fiesta y tenemos que hacer que sea perfecta. Ed y Katherine no se merecen menos. —Joder, yo tampoco me merezco menos. Si de verdad consigo sacarlo adelante, quizá mi madre me deje un poco en paz. Y si no lo consigo solo será la prueba más de que soy la decepción sin remedio que ella siempre ha creído.

Hunter no responde. No se mueve. Es posible que se haya quedado dormido de pie.

—¿Y? —dice al fin.

—Ah, qué bien, todavía estás despierto —le espeto—. Y tenemos que trabajar juntos para asegurarnos de que el fin de semana sea perfecto y tal y como ellos quieren y que tengan lo que los dos se merecen.

—Le diré a mi asistente que se ponga en contacto contigo.

—Se da media vuelta de nuevo para marcharse.

—No te molestes —respondo.

Se detiene y se vuelve hacia mí.

—¿Qué más quieres de mí?

—Bueno, ya que me lo preguntas, quiero que me busques una casa de diez dormitorios y diez baños en Cape Cod para dentro de tres semanas, en la que quepa un grupo de nuestro tamaño. Tiene que estar justo en la playa y ser superlujosa.

—Entendido —dice, y me da la espalda

—Hunter —le espeto—. Vuelve aquí. —Voy tras él—. Hunter.

—¿Qué? —dice mientras regresa a zancadas a la mesa—. Ya me has dicho lo que quieres. Ya te diré lo que encuentro. Ahora necesito tomarme un café y que me dejes en paz.

Me freno en seco y lo dejo marchar. No tiene ningún sentido que siga persiguiéndolo. Es imposible que me vaya a ayudar. Estoy sola.